

REBECCA

Joaquín La Serna sabía que era demasiado tarde cuando la conoció a Rebecca. Esta idea, preconcebida y fatalista, lo puso en un dilema del cual jamás intentó salir.

Hombre de pensamiento, mas que de acción, observaba desde su cuarto el viejo puerto de Río Gallegos. Durante la mañana, el buque carbonero había zarpado aprovechando la plenamar de ese día y ahora era el turno de los camiones, que incesantemente se alineaban bajo las tolvas esperando su carga.

A Joaquín le gustaba el peligro y se sentía pleno cuando lograba salir de situaciones difíciles a último momento. Sabía que era arriesgado, pero cuanto más complejo fuese el problema y cuanto menos tiempo dispusiese para resolverlo, mayor era su satisfacción y más crecía su autoestima.

Recordaba su niñez y la escena por años repetida de la carga del carbón. Siempre tuvo la impresión de vivir un momento mágico, mientras oía el metálico ruido de la trampilla al abrirse y el estruendo de la carga al caer sobre los chatones. Ese momento le brindaba la serenidad que tanto necesitaba; e íntimamente, le provocaba la convicción de que algo, en algún lugar, había concluido.

¡Pero Rebecca!... con Rebecca era distinto, y como ya se ha planteado, Rebecca era un dilema y no un problema. Por más giros que diese su atormentada cabeza, lo de Rebecca no tenía conclusión.

Ella entró a su vida tímidamente, pidiendo permiso, muy de a poco; para cuando se dio cuenta, ya era tarde.

Rebecca combinaba su natural belleza con una elegancia que deslumbraba. Muy cuidada en todos sus aspectos, representaba la femineidad en su estado más puro, más absoluto. Su conversación era agradable, interesante y variada. Aquí Joaquín no dudaba: nada había mejor que compartir un rato de ocio con ella.

Gustaba de la música y cuando interpretaba canciones lo hacía con un sentimiento que hacía vibrar el alma. También apreciaba la literatura y Joaquín alcanzaba el cielo mientras alternaba horas con ella entre los clásicos, el realismo mágico y la ficción histórica.

¡Y hasta allí!, solo hasta allí se permitió llegar; profundizando, buscando, con riesgo, evadiendo... Jamás se animó a ponerse bajo la tolva y su mente volvió a la niñez, cuando con agilidad correteaba sobre la cinta transportadora en un ir y venir infinito entre el muelle, el tren y los camiones.

Se dice que la mente humana tiene variados mecanismos para protegerse. Existen excusas para no hacer cualquier trabajo, pero aquí era muy distinto. Rebecca volvía, como el tren, siempre.

Joaquín aprendió a convivir con eso. Buscó en el fantaseo el método de mejor lidiar con su dilema. La realidad se confundía con sus procesos mentales, pero sabía separarlos cuando se lo proponía y juntarlos cuando quería. Surgió el recuerdo de curtidos empleados de YCRT corriéndolo entre los vagones. Sabía que iba a escapar, pero debía volver a casa manchado. Surgió el recuerdo de la última tarde con Rebecca, habían caminado por la ría. A lo lejos podía verse la construcción de un nuevo muelle en Punta Loyola.

Joaquín consideraba a su mente como a su sombra. Podía ir en cualquier dirección respecto de su cuerpo, pero de modo invariable, siempre algo disociada. Ya no recordaba si había escapado de cuatro o cinco ferroviarios o si solo un sereno lo había devuelto a casa con un tirón de orejas. Tampoco recordaba si ese paseo con Rebecca fue real o la había imaginado.

Aquella fría tarde de abril la encontró como al acaso en un ensayo coral. Sus miradas se cruzaron y el rostro de Rebecca devolvió la sonrisa que Joaquín tanto anhelaba. Por una vez en su vida no dudó, la miró a los ojos y la besó en los labios.

A lo lejos se sintió el último grito de una tolva carbonera en Río Gallegos, luego algo se rompió... y se retiró avergonzado. "Nunca pierdas de vista tu sombra", pensó.

FRANCISCO MIRANDA